

Elegía a la cultura española

"España, luz de Trento...". Así empieza el encendido verbo del maestro Menéndez y Pelayo al reivindicar la auténtica grandeza de nuestra cultura. Y al mágico conjuro de esta pluma inmortal, se nos aparece en su verdadera dimensión el legado de España.

¡Cultura hispánica, maravilla del mundo, acumulación de tesoros del espíritu hilvanados en siglos de labor extraordinaria. Alcancía de los más felices logros de la humana mente. Legado generoso a todas las gentes, sólo comparable al de Grecia, la Serena, o al de Roma, la Inafigable.

Riqueza no guardada avaramente, sino proyectada como luz inextinguible sobre el tiempo y el espacio; donada con magnanimidad; aireada a los cuatro vientos del espíritu y a todas las brisas de la rosa náutica.

Pirámide enraizada en las piedras sillares, indestructibles, del Dogma, y levantada apuntando a lo alto como las cúpulas de las catedrales góticas. Pasmó de las razas y motivo siempre de curiosidad insaciable para los cerebros lúcidos de todas las latitudes.

* * *

Ved las huellas de los Genios de la Raza marcadas indeleblemente en nuestro solar:

Campos resecos, polvorientos, de Castilla, alumbrados por esa luz rojiza del amanecer que parece revivir, sobre el ocre de los caminos o en los patios de las ventas, la Triste Figura del Ingenioso Hidalgo.

Ávila de los Caballeros, pedregosa y recogida en sus murallas, transida del fervor que animó a la Doctora Mística.

Fecundas vegas del Tajo, verdes y negruzcas en el atardecer quieto y despojado de toda agitación mundana, donde parecen oírse las estancias de Fray Luis, y aguzando más los sentidos, hasta las sublimidades místicas de San Juan.

Pinares cantados por Góngora, el de los maravillosos rebuscamientos. Animoso viento y furia del mar, meciéndose a los acordes de Garcilaso.

Humildes posadas, callejas retorcidas, que inspiraron aquella Picaresca única en el buen decir, desenfadada en el gesto, maestra en el donaire. Patio de Monipodio. Ardides de Lazarillos y Guzmanes. Pupilos enflaquecidos del Buscón.

Tinglados de la antigua farsa—como diría Benavente—pequeños escenarios, reducidas copias del Gran Teatro del Mundo. Intrigas de Lope de Rueda complicadas por el otro Lope. Sentido del honor en Calderón. Enredos cortesanos de Tirso. Fragmentos de pura vida, arrancados de simples cabañas o de encumbrados palacios.

* * *

Ved el Museo por antonomasia: Victorias militares de España, registradas, fotografiadas, por los pinceles velazqueños. Victorias espirituales plasmadas por Murillo. Tremendas, acongojantes anatomías de Ribera. Estrabismos visuales, que no artísticos, en los rojos y azulados tonos del Greco. Extremismos de nuestra fantasía cálida en los caprichos goyescos.

Imágenes portentosas en las catedrales. Retablos de Berruguete. Tallas vividas de Salcillo, que hizo correr la sangre bajo las estrías de la madera.

Obras colosales de la Arquitectura. Procesión riquísima de estilos a lo largo de las tierras de la península; prolongada a lo lejos, muy lejos..., hasta Lima, la de los Palacios.

* * *

Universidades de España, Cátedra de Prima, de Salamanca: madera austera, seca, de púlpito; paredones grisáceos; donde aún resuena la voz de Francisco de Vitoria, el padre del Derecho Internacional.

Leyes de Indias, monumento imperecedero, flecha clavada en el corazón de los escépticos y de los detractores.

Doctrinas políticas humanistas y profundamente sagaces. Grandeza diplomática española, de cuando los embajadores en los parlamentos de Sicilia y Munster, se llamaban Quevedo y Saavedra Fajardo.

Ciclópeo Tratado de Suárez, el pontifical de la Metafísica. Gramaticales pugnas de Nebrija y Diálogos valdesianos. Fundidores y forjadores de una lengua de sonoridad inigualada, apta para lo sobrehumano, definidora de dogmas. Lengua universal, hija predilecta de la del Lacio. Viril y desacompañada a veces, tierna y musical en otras.

* * *

Cultura hispánica, católica por encima de todo. Universal a pesar de todos.

Dos características indeclinables que le dieron su contextura granítica, dispuesta a resistir todos los ataques y a sobrevivir a los más duros reveses.

Catolicidad glosada por el maestro... "Esta es nuestra grandeza, no tenemos otra". Catolicidad de nuestro Rey D. Felipe. Del atleta de Cristo que se llamó Ignacio. Del Concilio de Trento.

* * *

Tendencia a lo universal de la cultura hispánica. Fuerza expansiva incontenible que rebasó los confines del Viejo Mundo. Navegantes que abrieron las singladuras del mar para avvicinar los mundos apartados. Descubridores que talaron las sendas de la tierra, que penetraron bajo las bóvedas de los bosques, que cruzaron los ríos—maravillosa hazaña de Orellana—, y que vencieron a las cumbres.

Civilizadores de toscas sandalias, de cuerda a la cintura y de hábitos polvorientos, que ganaron cruentas batallas a las culturas inhumanas. Tropas de choque de Nuestro Señor, cuya evocación resplandece como un oasis sublime en la Historia del Mundo. ¡Paradisíacas visiones de la California de Fray Junípero!

Y como fruto de tales esfuerzos, he aquí la América Hija. El milagro "oír voces españolas a miles de leguas de distancia". La América entrañablemente nuestra. El coro de vástagos altos, robustos y fuertes, que cantaba el poeta nicaragüense. En donde Eugenio Montes veía "a Chile como la Belleza, al Perú como Aristocracia, sangre mayorazga, hidalguía de pro". Nueva Granada Administrativa. Luchadora Boliviana. Y esta Santa María del Buen Aire, mirando hacia nuestras costas, como un faro inderrotable.

* * *

Cultura hispánica, maravilla del mundo, acumulación de tesoros del espíritu hilvanados en siglos de labor extraordinaria. Alcancía de los más felices logros de la humana mente. ¡legado generoso a todas las gentes, sólo comparable al de Grecia, la Serena, o al de Roma, la Inafigable!

MARIANO FONTRONDA